

Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó la luz del día.
Entré en mi casa, ví que amancillada,
De anciana habitacion era despojos
Mi báculo más corvo y ménos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada;
Y no hallé cosa en qué poner los ojos,
Que no fuese recuerdo de la muerte.

—
EPITAFIO.

Gusanos de la tierra
Comen el cuerpo que estemármol cierra;
Mas los de la conciencia en esta calma,
Hartos del cuerpo comen ya del alma.

—
LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.

CANCIONES.

I.

En una playa amena,
A quien el Turia perlas ofrecia
De su menuda arena,
Y el mar de España de cristal cubria,
Belisa estaba á solas,
Llorando al son del agua y de las olas.
«Fiero, cruel esposo,»
Los ojos hechos fuentes, repetia;
Y el mar, como envidioso,
A tierra por las lágrimas salia,
Y alegre de cogerlas, [perlas.
Las guarda en conchas y convierte en

«Traidor, que estás agora
En otros brazos, y á la muerte dejas
El alma que te adora,
Y das al viento lágrimas y quejas,
Si por aquí volvieres,
Verás que soy ejemplo de mujeres.
»Que en esta mar furiosa
Hallaré de mi fuego la templanza,
Ofreciendo animosa
Al agua el cuerpo, al viento la esperanza;
Que no tendrá sosiego
Ménos que en tantas aguas tanto fuego.
»¡Ay tigre, si estuvieras
En este pecho donde estar solías,
Muriendo yo murieras;
Más prendas tengo en las entrañas mias,
En que verás que mato,
A falta de tu vida, tu retrato.»
Ya se arrojaba, cuando
Salió un delfin con un bramido fuerte,
Y ella, en verle temblando,
Volvió la espalda al rostro y á la muerte,
Diciendo: «Si es tan fea,
Yo viva, y muera quien mi mal desea.»

II.

Por la florida orilla
De un claro y manso rio,
De salvia y de verbena coronado,
Al tiempo que se humilla
Al planeta más frio
Con templado calor el sol dorado,
Libre, sólo y armado
De acero, olvido y nieve,

Pasaba peregrino
Ya fuera del camino
Del juvenil ardor que el pecho mueve,
Cuando al salir Apolo
Un niño ví venir desnudo y solo.
 Rubio el cabello de oro,
Con una cinta preso,
Que los hermosos ojos le cubria,
Y como alarbe ó moro,
De innumerable peso
Un carcaj que del cuello le pendia.
Y como quien vivia
De saltear los hombres,
Un arco puesto á punto;
Mas cuando le pregunto
Que me diga sus títulos y nombres,
Respóndeme arrogante,
Niño en la vista y en la voz gigante:
 «Yo soy aquel que suelo
Con apacible guerra,
Con alegre dolor y dulces males,
Desde el supremo cielo
Hasta la baja tierra
Herir los dioses, hombres y animales.
Transformaciones tales
Jamás Circe las supo,
Porque un hechizo formo
Con que mudo y transformo
Qualquiera ser que de mi fuego ocupo;
Y al alma que condeno,
La hago yo vivir en cuerpo ajeno.
 »Fácil tengo la entrada,
Difícil la salida;
Ablándame el desprecio y cansa el ruego;
Ni hay alma tan helada

O en piedra convertida,
Que no enternezca mi amoroso fuego.
Por eso rinde luego
Las armas arrogantes,
De que vas victorioso;
Que el rayo más furioso
Se templa con mis flechas penetrantes,
Y lloran mis agravios
Igualmente los fuertes y los sábios.»
 Yo respondile entonces:
«Mal me conoces, niño;
Mira que soy un capitan valiente,
Que en mármoles y bronces,
Con esta que me ciño,
Hago escribir mis hechos á la gente.
¿Cómo tu fuego ardiente
Ó tus blandos suspiros
Pueden temer los brazos
Que han visto en mil pedazos
Burlar tanto escuadron entre los tiros
De la pólvora fiera,
Que vence el fuego de su misma esfera?
 «Yo al duro, helado invierno,
Y al verano abrasado,
De iguales armas y valor vestido,
Llevando á mi gobierno
El escuadron formado,
Tanta varia nacion he combatido,
Que tengo convertido
En duro acero el pecho.
Por eso en paz te torna,
Que mi espada no adorna
Las puertas de tu templo sin provecho,
Ni pueden tales ojos
Humillarse á tus lágrimas y enojos.»

Así le replicaba,
Cuando de entre unas hiedras
Una hermosura celestial salía,
Que no lo que miraba,
Pero las mismas piedras
En ceniza amorosa convertía.
Amor, que ya me vía
Con pensamientos vanos
Apercibir defensa
A la primera ofensa,
Me derribó la espada de las manos.
Y en viéndome tan ciego,
Lloré, rendíme y abraséme luego.
En esto al verde llano
Un carro victorioso
Dos tigres ya domésticos trajeron:
Asió el amor la mano
De aquel rostro amoroso,
Y juntos á su trono se subieron;
Y los que allí me vieron,
Entre sus piés me ataron,
Y al fin sus ruedas fieras
Mis ramas y banderas
Por despojos vencidos adornaron,
Llevándome cautivo
Adonde agora lloro, muero y vivo.
Mas todo vencimiento es más victoria;
Y aquesta pena, gloria,
Con solo que me miré Isbella un día,
Y entre sus ojos arda el alma mía.

III.

¡Oh libertad preciosa,
No comparada al oro

Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Más rica y más gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del sur entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo;
Paz dulce, amor profundo, [mas;
Que el mal apartas y á tu bien nos lla-
En tí sola se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
Cuando de las humanas
Tinieblas vi del cielo
La luz, principio de mis dulces días;
Aquellas tres hermanas,
Que nuestro humano velo
Tejiendo, llevan por inciertas vías,
Las duras penas mías
Trocaron en la gloria
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo,
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo ménos della.
Yo pues, Señor, exento
Desta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
Jamás ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo.
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,

Y con libre albedrío
Lloro el ajeno mal y canto el mio.
 Cuando el aurora baña
Con helado rocío
De aljófara celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña,
Riberas de este río,
A dar el nuevo pasto á mi ganado;
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
O ya gozando el aura,
Donde el perdido aliento se restaura.
 Cuando la noche fría
Con su estrellado manto
El claro día en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra;
Al pié de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento,
Y el corazón contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso rey me representa.
 Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa,
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada;
Aquí de la enramada

Parra que al olmo enlaza,
Melosas uvas cojo;
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caudaloso estío,
Membrillos que coronan este río.
 No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama;
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama;
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algun rey la envidiara;
Y de ti, fuente clara,
Que bullendo, el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros,
Sustentos pobres, pero bien seguros.
 Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento:
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento:
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goce yo del suelo,
Al aire, al sol y al hielo,
Ocupado en mi rústico ejercicio;
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra misera riqueza.
 Ni temo al poderoso
Ni al rico lisonjeros,
Ni soy camaleón del que gobierna,

Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De ajena gloria ni de fama eterna;
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel dia,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado;
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

—
ROMANCES.

I.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No se que tiene el Aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir más léjos.
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan
Fácilmente me defiando,
Pero no puedo guardarme

De los peligros de un nécio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
Más que supo en este tiempo,
O tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo más es menos.
No me precio de entendido;
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.
Señales son de juicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de más,
Otros por carta de ménos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos;

La de plata los extraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?

Todos andan bien vestidos
Y quéjense de los precios:
De medio arriba romanos,
De medio abajo romeros.

Dijo Dios que comería
Su pan el hombre primero
En el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento;

Y algunos inobedientes
A la vergüenza y el miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.

Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento;
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.

Oigo tañer las campanas
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepuleros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.

¡Oh, bien haya quien los hizo!

Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quién vive pared por medio.

Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.

Sin ser pobres ni ser ricos
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados
Ni pretensiones ni pleitos.

Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño,
Nunca como yo firmaron
Parabien ni Pascuas dieron.

Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

II.

Zagala, así Dios te guarde;
Que me digas si me quieres;
Que aunque no pienso olvidarte,
Impórtame no perderme.

A tus ojos me subiste,
En ellos ví como llueven,
Cuando quieren, perlas vivas,
Y rayos cuando aborrecen,
Si fué verdad tú lo sabes;

Mis desconfianzas temen,
Que como hay justos que engañan,
Habrá lágrimas que mienten.

Los hechizos de tu llanto
Divinamente me prenden,
Pues mis ojos de los tuyos
Veneno de perlas beben.

Tus lágrimas me aseguran,
Tus regalos me entretienen,
Tus favores me confían,
Y tus celos me enloquecen.

Mas en medio de estas cosas,
Por cualquiera enojo leve,
Si quieres, ¿cómo es posible
Que te vayas y me dejes?

Tres dias ha que te fuiste
A los prados y á las fuentes,
Dejando las de mis ojos
Adonde pudieras verte.

¿En qué mejores cristales
Quien ama mirarse puede,
Si espejos del alma vivos
Fueron las lágrimas siempre?

O me quieres ó me olvidas:
Si me olvidas, ¿cómo vuelves?
Y si me quieres, zagala,
¿Cómo gustas de mi muerte?

Por hablar con las serranas
Acaso y sin detenerme,
¡Ay Dios, qué duras venganzas
De culpas que no te ofenden!

Traen del baile á tu choza
Mil almas tus ojos verdes,
Y no los riño celosos:
¡Dios sabe si culpa tienen!

Y tú me matas á mí;
Que si he pensado ofenderte,
Antes que mire otros ojos,
Los míos llorando cieguen.

Zagala del alma mía,
Vuelve por tu vida á verme,
Mas ninguna obligacion
Te traiga si me aborreces,

Que yo me habré de morir
Desesperado y ausente,
Porque me debas matarme,
Porque no te canse el verme.

III.

Cautivo el Abindarraez
Del alcaide de Antequera,
Suspiraba en la prision:
¡Cuán dulcemente se queja!

Don Rodrigo le pregunta
La causa de su tristeza,
Porque el valor de los hombres
En las desdichas se muestra.

«¡Ay! dice el Abencerraje,
Mi buen Narvaez, si fueran
Mis suspiros mi prision,
Vuestra victoria mis quejas;

Agraviara mi fortuna,
Pues me da menos nobleza
Que ser vuestro esclavo, alcaide,
Ser bencerraje y Venegas.

Hoy cumplo veintidos años;
Esos mismos ha que reina
Una mora en mis sentidos
Por alma que los gobierna.

Nació conmigo Jarifa,
Bien debeis de conocerla,
Porque tienen igual fama
Vuestra espada y su belleza.

Mal dije, veintidos años;
Pues cuando estaba en mi idea,
A quererla, antes ser,
Me enseñó naturaleza.

Ni por estrellas la quise,
Que fuera del cielo ofensa,
Si para amar su hermosura
Fueran menester estrellas.

El criarnos como hermanos
Hizo imposible mi pena:
Desesperé mi esperanza
Y entretuvo mi paciencia.

Declaróse nuestro engaño
En una pequeña ausencia,
Si bien la de sola un hora
Era en mis ojos eterna.

Por cartas nos concertamos
Que fuese esta noche á verla:
Salí galán para bodas,
Que no fuerte para guerras.

Cuando llegaste, Rodrigo,
Iba cantando una letra
Que compuse á mi ventura,
Que á mis desdichas pudiera.

Resistíme cuanto pude;
Mas no valen resistencias
Para contrarias fortunas:
Preso yo, Jarifa espera.

¡Qué bien dicen, que hay peligro,
Desde la mano á la lengua!
Pensé dormir en sus brazos,

Y estoy preso en Antequera.»
Oyendo el piadoso alcaide
Su historia amorosa y tierna,
Para volver á Jarifa
Liberal le dió licencia.

Llegó el moro, y el suceso
Después del alba le cuenta,
Que no son historias largas
Entre los abrazos buenas.

SONETOS.

I.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que, opuesto al muro de Betulia en vano,
Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ánsia el rojo velo
Del pabellón á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible, convertido en hielo.

Vertido Baco, el fuerte arnés afea
Los vasos y la mesa derribada;
Duermen los guardas, que tan mal em-
Y sobre la muralla, coronada [plea,
Del pueblo de Israel, la casta hebrea,
Con la cabeza respaldece armada.

II.

Árdese Troya, y sube el humo oscuro
Al enemigo cielo, y entre tanto
Alegre Juno mira el fuego y llanto;

¡Venganza de mujer, castigo duro!
El vulgo, aun en los templos mal segu-
Huye, cubierto de amarillo espanto; [ro,
Corre cuajada sangre el turbio Xanto,
Y viene á tierra el levantado muro.
Crece el incendio propio al fuego extra-
Las empinadas máquinas cayendo, [ño,
De que se ven ruinas y pedazos;
Y la dura ocasion de tanto daño,
Mientras vencido París muere ardiendo,
Del griego vencedor duerme en los bra-
[zos.

III.

Oh, nunca fueras, Africa desierta,
En medio de los trópicos fundada,
Ni por el fértil Nilo coronada
Te viera el alba cuando el sol despierta;
Nunca tu arena inculta descubierta
Se viera de cristiana planta honrada,
Ni abriera en tí la portuguesa espada
A tantos males tu sangrienta puerta.
Perdióse en tí de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza;
Pues tú, que no mirabas su estandarte,
Sobre él los piés, levantas la cabeza,
Ceñida en torno del laurel de Marte.

IV.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento, en que vivir solía.

Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo (y de las mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardía):
«¿Adónde vas? Por despreciar el nido,
¿Al peligro de ligas y de balas,
El dueño huyes que tu pico adora?»
Oyóla el pajarillo enternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas:
Que tanto puede una mujer que llora.

V.

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa,
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar de indivisible diente.
Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud bañó quejosa;
Y torciendo su vida bulliciosa,
En un castigo dos venganzas siente.
Al espirar la pulga, dió: «¡Ay triste,
Por tan pequeño mal dolor tan fuerte!»
—«Oh pulga, dije yo, dichosa fuiste;
»Deten el alma, y á Leonor advierte
Que me deje picar donde estuviste,
Y trocaré mi vida con tu muerte.»

VI.

Céfiro blando, que mis quejas tristes
Tantas veces llevastes; claras fuentes,
Que con mis tiernas lágrimas ardientes
Vuestro dulce licor ponzoña hicistes;
Selvas, que mis querellas esparcistes;

Asperos montes, á mi mal presentes;
Rios, que de mis ojos siempre ausentes,
Veneno al mar, como tirano, distes;

Pues la aspereza de rigor tan fiero
No me permite voz articulada,
Decid á mi desdén que por él muero;

Que si la viere el mundo trasformada
En el laurel que por dureza espero,
Della veréis mi frente coronada.

VII.

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
Que no os puedo mirar cuando no os veo,
Ni escribo ni manduco ni paseo
Entre tanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dineros, no he comprado
¡Oh amor cruel! ni manta ni manteo;
Tan vivo me derrienga mi deseo,
En la concha de Venus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana.
Todos hurtan; paciencia; yo osle ofrezco;
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,
Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento más el verme sin sotana
Que cuanto fiero mal por vos padezco.

VIII.

—Boscan, tarde llegamos. ¿Hayposada?
—Llamad desde la posta, Garcilaso. [so.
—¿Quién es?—Dos caballeros del Parna-
—No hay donde nocturnar palestra ar-
[mada.

—No entiendo lo que dice la criada.
Madona, ¿qué decís?—Que afecten paso,

Que ostenta limbos el mentido ocaso.
Y el sol depinge la porcion rosada.

—¿Estás en tí, mujer?—Negóse al tino
El ambulante hnésped.—;Que en tan poco
Tiempo tal lengua entre cristianos haya!

Boscan, perdido habemos el camino;
Preguntad por Castilla, que estoy loco,
O no habemos salido de Vizcaya.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

REDONDILLAS.

Hombres necios, que acusais
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais;
Si con ánsia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obren bien
Si las incitais al mal?

Combatis su resistencia,
Y luego con gravedad
Decis que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscais,
Para pretendida Táis,
Y en la posesion Lucrecia.
¿Qué humor puede ser mas raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden